

La
OGRESA
y los
HUÉRFANOS



La
OGRESA
y los
HUÉRFANOS



Kelly Barnhill

Traducción de Roxanna Erdman

loqueleg®



LA OGRESA Y LOS HUÉRFANOS

Título original: *The Ogress and the Orphans*

D. R. © del texto: Kelly Barnhill, 2022

Publicado por Algonquin Young Readers, un sello de Algonquin Books of Chapel Hill, una división de Workman Publishing, New York, New York, 10014

D. R. © arte de la cubierta: Yuta Onoda, 2022

D. R. © diseño de la cubierta: Carla Weise, 2022

D. R. © escritura a mano: Leah Palmer Preiss, 2022

D. R. © de la traducción: Roxanna Erdman, 2023

D. R. © Santillana Educación México S.A. de C.V., 2023

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: agosto de 2023

ISBN: 978-607-8941-22-3

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loquelego.com/mx



*Este libro está amorosamente dedicado
a Rose,
quien es la razón de que la ogresa hornee,*



*a Charlie,
quien fue el primero en descubrir el dragón*



El antiguo parque

*La antigua
escuela*

La alcaldía

La zapatería

*La pila
de escombros*

La Piedra

Piedra en el Valle

*La Casa
Hogar*

**La casa
del alcalde**

**La granja
de la ogressa**

La juguetería

El estrado

**La Plaza
Central**

La carnicería

La botica

**La antigua
biblioteca**



El principio del miedo es la ignorancia.

—SENECA



*Ningún acto de bondad, sin importar cuán
pequeño sea, es nunca un desperdicio.*

—ÆSOP



Presten atención

Escuchen.

Ésta es la historia de una ogresa.

No es quien ustedes podrían pensar que es.

(Pero en realidad, ¿quién lo es?).

La ogresa vivía en una casa torcida en el extremo más alejado del pueblo. Disfrutaba de hornear pan, de la jardinería y de contar estrellas. Como todos los ogros, la ogresa era muy alta: incluso los adultos más espigados tenían que estirar el cuello y entrecerrar un poco los ojos para saludarla. Sus pies eran del tamaño de tortugas, sus manos como las alas de las garzas y su ceño era amplio, muy amplio, y se quebraba y se hundía cuando ella se concentraba. Su piel era como el granito y sus ojos parecían monedas de bronce nuevas. Su cabello brotaba en ondas de su cabeza, como el pasto en la pradera, tieso, amarillo y verde, en ocasiones salpicado de margaritas o dientes de león o hiedra rastrera. Como todos los ogros, hablaba poco y pensaba mucho. Era cuidadosa y considerada. Sus pesados pies se desplazaban con ligereza sobre la tierra.

Ésta es también una historia acerca de una familia de huérfanos. Había quince huérfanos viviendo en la Casa Hogar en el momento en que comienza nuestra historia, varios años después de que la ogresa llegó al pueblo. Eran demasiados niños en una casa, pero se las arreglaban. Se llamaban Anthea, Bartleby, Cassandra (quien prefería que la llamaran Cass), Dierdre, Elijah, Fortunate, Gratitude, Hiram, Iggy, Justina, Kye, Lily, Maude y los bebés eran Nanette y Orpheus. Eran buenos niños esos huérfanos. Estudiosos, trabajadores y amables. Y todos se querían mucho, muchísimo más de lo que se querían a sí mismos.

La ogresa también era trabajadora, amable y generosa. Ella también quería a los demás más que a sí misma.

Por supuesto, esto puede ser un problema. A veces.

Pero también puede ser una solución. Déjenme explicarles de qué manera.



El dragón

Esta historia también trata acerca de un dragón. No me gusta mucho hablar de él. No me agrada ni siquiera pensar en él.

Debo aclarar algo: no es mi intención hablar mal de los dragones en general. Prejuizar es una costumbre terrible, se trate de ogros, huérfanos, dragones, vecinos entrometidos, asistentes de los alcaldes o gente con modales inusuales. Es importante, siempre, tratar a todos con respeto y compasión. Esto es bien sabido.

En cuanto a los dragones en particular, los hay de muy diversas disposiciones, como ocurre con cualquier otra criatura. Yo misma he conocido dragones de cada tipo de personalidad: tímidos, gregarios, holgazanes, fastidiosos, egoístas, nobles, entusiastas y valientes.

Pero *este dragón*, lamento decirlo, no era nada de eso. Este dragón era codicioso, pérfido e indiferente. No sentía remordimientos y no se había redimido. Se solazaba en la discordia y derramaba amargura dondequiera que iba. Éstas son palabras fuertes y pido me disculpen por ello, pero mis sentimientos hacia este dragón también son *fuertes*.

Escuchen.

Nada me gustaría más que contarles que toda persona —humana, dragón o cualquier otra clase de criatura— es fundamentalmente buena. Pero no puedo hacerlo porque mentir no está en mi naturaleza. En mi experiencia, todo el mundo comienza siendo fundamentalmente bueno, y casi todo el mundo sigue siendo bastante bueno la mayor parte del tiempo. Pero algunos... bueno. Eligen hacer cosas malas. Nadie sabe por qué. Y luego unos cuantos de esos deciden volverse malos. Desearía que no fuera así, pero es mejor que lo sepan desde ahora, al comienzo de este libro. Al fin y al cabo toda historia tiene un villano. Y todo villano tiene su historia.



El pueblo

Ésta es también la historia de un lugar, llamado Piedra en el Valle, que solía ser un pueblo encantador.

Todo el mundo lo decía.

Piedra en el Valle había sido famoso por sus árboles. Árboles que daban sombra en los parques, árboles que florecían en las veredas. Árboles frutales que bordeaban las calles de los barrios, con ramas que se doblaban bajo el peso de abundantes cosechas cada estación. Cualquiera —cualquier vecino, amigo o visitante de muy, muy lejos— podía estirar la mano cuando el momento era apropiado y simplemente servirse. La gente llenaba sus canastas con chabacanos y pérsimos, cerezas y ciruelas, manzanas y peras, dependiendo de la época del año. Perfeccionaron recetas de tartas, pays y jaleas. Preparaban dulces con las frutas que mantenían en canastos cerca de las puertas de sus casas para obsequiarlos a los niños del vecindario que pasaban por ahí.

Las calles de Piedra en el Valle eran algo memorable en aquellos días. La gente caminaba sin prisa bajo los árboles floridos, verdes o cargados de fruta, tomándose su tiempo mientras

disfrutaba de las sombras moteadas. Cada noche, barrenderos y limpiadores lavaban las calles empedradas. Los faroles, hechos de vidrio soplado y amorosamente pulidos a mano, brillaban en la noche como estrellas. En aquel entonces, cuando era un pueblo encantador, los letreros de las calles aún no habían desaparecido, y tampoco el arte público.

En ese entonces, los pobladores descansaban en los paseos y las plazas públicas hablando de literatura, política, filosofía o arte. Todos los caminos del pueblo conducían a la biblioteca, que tenía ventanales amplios, estanterías altas, cojines mullidos en los sofás y todo el mundo era bienvenido. Había libros empastados a mano y libros modernos y pergaminos antiguos e incluso textos tallados en piedra. Aquí y allá los bibliotecarios se afanaban clasificando, preservando, acomodando y chistando. Incluso sus chistidos eran encantadores.

Los vecinos trabajaban juntos haciendo sopa para los enfermos y galletas para las aulas. Se concentraban como abejas obreras cuando un árbol caía sobre una barda, cuando un tejado necesitaba reparación o cuando la madre de alguien se rompía una pierna. Los vecinos se cuidaban entre sí en aquel tiempo en que el pueblo era encantador.

Entonces, una noche aciaga, la biblioteca se incendió.

Diferentes personas recuerdan los terribles hechos de modo diferente. Muchas versiones explicaban lo que ocurrió aquella noche en Piedra en el Valle, y casi ninguna concordaba. Algunos insistían en que había sido un malhechor quien había iniciado el fuego. Aseguraban que habían escuchado pasos que resonaban de modo siniestro cuando se dirigían al venerable edificio, y que se alejaron una vez que brotaron las llamas. Otros juraron que

habían oído las alas de un dragón sobrevolando sus cabezas. Al fin y al cabo, los dragones eran más comunes en aquellos días que ahora. ¿Y a quién le encanta el fuego más que a los dragones? Unos más sacudieron la cabeza y dijeron que el fuego era inevitable: el lugar era un polvorín. Madera vieja, papel viejo y una vela fortuita que alguien dejó desatendida. *Un desastre anunciado*, decían con gravedad.

(Si alguien me hubiera preguntado —y nadie lo hizo—, podría haberles dicho que todos estaban en lo correcto. Había, en efecto, una vela encendida. Y luego escuché los pasos malévolos, aproximándose en la oscuridad. En un momento el dragón se desplegó cuan grande era, mostrando su talla y poderío en la parte trasera de la biblioteca, el brillo de sus escamas refulgiendo en la noche. Lo vi mientras reptaba hacia un costado y enroscaba su largo cuello alrededor de la torre oeste. Sonrió mientras destrababa las quijadas. Yo le habría contado a cualquiera si me hubieran preguntado. Pero nadie preguntó).

Aunque había poco consenso entre los pobladores acerca de la causa del fuego, todo el mundo estaba de acuerdo en lo que se refiere a lo sucedido después: cómo las campanas tocaron en medio de la noche y todos, desde el más viejo hasta el más joven, saltaron de sus camas, echándose los abrigos sobre los camisones y deslizándose los pies descalzos en las pantuflas. Corrieron por las calles oscuras cargando baldes, guiándose por las volutas de humo y la espantosa luz del fuego. El fuego, dicen, se alzaba en grandes torres sobre la biblioteca, tan brillante que hería los ojos al mirarlo.

El calor se desprendía del edificio en grandes oleadas, chamuscando las pestañas de las personas y marchitando las hojas

de los árboles cercanos. Los libros salían volando por las ventanas derretidas como aves despavoridas, con las alas brillantes y fosforescentes. Se veían hermosos por un momento, recuerda el pueblo, de la manera en que un corazón es hermoso en el instante previo a que se rompe.

Los pobladores de Piedra en el Valle se organizaron en una hilera, pasándose baldes con desesperación, arrojando agua a las llamas. Fue una actividad inútil. El incendio era demasiado grande. Las vigas de madera estaban demasiado secas. Y el papel no tiene más que arder.

La biblioteca quemada permaneció en su sitio. Era un amasijo de cenizas, metal viejo y piedras calcinadas entre la Casa Hogar y la Plaza Central. Nadie tuvo corazón para quitar los despojos. Nadie podía soportar tocar una sola piedra. Cuando la gente pasaba por ahí, contenía el aliento.

Los niños de la Casa Hogar crecieron junto a los restos de la biblioteca. Podían oler el humo y la ceniza. Por las noches, los fantasmas de libros viejos acechaban sus sueños.

Después de que la biblioteca se quemó, también la escuela del pueblo se incendió. Una coincidencia trágica, consideraron todos. Se abrazaron unos a otros y se lamentaron. Poco después, varios edificios más también ardieron: hogares, tiendas, sitios entrañables en una oleada de fuego que se extendió poco más de un año. Después de los incendios, los árboles frutales primero, los árboles floridos después y por último los árboles que daban sombra, comenzaron a morir. Una plaga, decía la gente. Tal vez causada por el humo. O por el terrible calor. O la suerte infausta. La gente del pueblo vio con tristeza cómo iban cayendo los árboles, uno tras otro.

Y con los árboles murió la sombra. La luz en Piedra en el Valle se volvió una constante blancura abrasadora, difícil de soportar. Las personas entornaban los ojos para mirarse unas a otras, los rostros contraídos permanentemente en expresiones de enojo.

Sin los árboles no había un sistema de raíces que absorbiera el agua cuando llovía, y Piedra en el Valle comenzó a experimentar destructivas inundaciones, una tras otra, lo que finalmente ocasionó que se abriera un enorme socavón cerca del hermoso parque donde los niños del pueblo solían jugar, y casi se lo tragó por completo. Se volvió demasiado peligroso jugar ahí.

De hecho, comenzó a volverse demasiado peligroso jugar en cualquier parte de Piedra en el Valle: no había sombra, no había árboles a los cuales trepar, el pueblo entero parecía gruñir. Los vecinos se miraban unos a otros con los ceños fruncidos y los ojos entornados.

Las personas se replegaron en sus casas. Ya no permitían que los niños vagaran libremente. Cerraron con llave las puertas de sus casas y echaron los postigos. Encerrados y apartados, dejaron de pensar en sus vecinos y dejaron de ayudarlos. Ya no había sopa para los enfermos, nada de golosinas para los niños, no más galletas en las aulas (bueno, lo último sale sobrando, porque ya no había aulas). Mejor que cada quien se ocupe de sí mismo, pensaban todos.

Y así lo hicieron. Con tristeza en sus corazones, espían las calles desiertas a través de los postigos.

Solía ser un pueblo encantador, decía la gente.

Pero ya no lo es.



El alcalde

El pueblo de Piedra en el Valle tenía un alcalde, y todos lo querían mucho. ¿Cómo podrían no quererlo? Su figura era fina, tenía una mata de cabello de un rubio cegador y una sonrisa tan brillante que obligaba a hacerse pantalla sobre los ojos para mirarla. Brillaba cuando hablaba. Pero era muy educado y parecía *tan sensible* cuando la gente lo buscaba con sus problemas, bueno, se iban sintiendo tan bien que se les olvidaba por completo lo que los había aquejado al principio. ¿Y acaso no es para eso, en realidad, para lo que sirve un alcalde?

La gente recordaba la llegada del alcalde, allá por la época en que Piedra en el Valle seguía siendo un pueblo encantador, como sacado de un libro de cuentos. Recordaba el taconeo de sus finas botas mientras cruzaba el empedrado, cómo ondeaba su gran abrigo, y el brillo audaz de sus ojos. Cada vez que hablaba, los emocionaba hasta los huesos.

El día de mercado instaló un puesto con un letrero que decía: “Cazador de dragones de fama mundial: se aceptan consultas y alabanzas”.

“Bueno”, puntualizaban el carnicero, el herrero y el sastre. “¿El más famoso del mundo? ¡Ciertamente, estoy convencido!”.

“Qué pueblo tan afortunado, que alberga a tan noble invitado”, exclamaban el zapatero y el boticario. “En serio, ¡qué pueblo tan suertudo!”.

No podían apartar la vista del cazador de dragones de fama mundial. Los deslumbraba. Se emocionaban cada vez que hablaba.

Por mera coincidencia, en las semanas posteriores a su llegada se recibieron varios reportes de avistamientos de dragones. Y así siguieron, mes tras mes. Qué coincidencia tan afortunada tener al cazador de dragones de fama mundial en el lugar preciso y en el momento exacto en que un número indeterminado de dragones comenzó a acechar entre los bosques cercanos. Cada vez que veían al cazador de dragones emerger victorioso del bosque habiendo echado al dragón y que no quedaba rastro de él, los pobladores estallaban en vítores. Lo eligieron alcalde. Lo reeligieron año tras año. Y en cada ocasión arrasó.

Al cabo de un tiempo, los avistamientos de dragones disminuyeron, luego se volvieron escasos y, finalmente, casi cesaron. Sin duda, la reputación del cazador de dragones los había ahuyentado. Y mientras los pobladores se felicitaban por la galanura y el carisma y la valentía de su alcalde, aún les encantaba decir a los visitantes del pueblo: “Él derrotó a un dragón, ¿sabes? ¡Él derrotó a *muchos dragones!*”. Con el tiempo su brillo comenzó a disminuir, sólo un poco.

Hasta que la biblioteca se incendió.

Y luego la escuela.

Y luego los otros edificios.

Hasta que los árboles murieron, la sombra desapareció y el socavón se comió el parque.

¡Cómo buscaron entonces a su alcalde! ¡Cómo lo necesitaron! Sabían, en el fondo de su corazón, que el alcalde resolvería sus problemas. Su mundo se había vuelto bastante rápido, caótico, peligroso y *malo*. Su alcalde parecía tener todas las respuestas. “Puedo arreglarlo”, prometió, “yo solo puedo arreglarlo”. Cuando lo oyeron hablar, pusieron sus manos sobre sus corazones y la emoción inundó sus pechos. Sus ojos se abrieron, sus sonrisas se ampliaron. Los rostros se volvieron hacia el alcalde en un estado de adulación y éxtasis de felicidad.

En efecto, uno podría decir que el incendio de la biblioteca había sido lo mejor —con mucho, *lo mejor*— que le había ocurrido al alcalde jamás.

Incluso, que se trataba de una afortunada coincidencia.